



UN PAR DE HIJOS DE PUTA

Todos los veranos ocurre en el mundo alguna tragedia. Miento: las tragedias ocurren en cualquier época del año, y constantemente. Pero es como si el tiempo reposado de las vacaciones intensificara el horror. Tú te pasas el día echada debajo de un manzano, leyendo, observando el paso lento de las nubes y el agitado camino de los insectos, pensando tan sólo en el placer del baño o de la cervecita con los amigos, y mientras tanto, en otro rincón del planeta, estalla una guerra, centenares de mujeres son violadas, un avión se estrella en medio de la nada. Y es como si algo no acabara de encajar entre ese dolor que ha explotado repentinamente, nunca demasiado lejos de ti misma, y tu propio estado de calma física y mental. Y entonces ese dolor se te enreda en las neuronas, oprime tus tripas y ensombrece el cielo claro.

La tragedia de este verano ha sido para mí el derrumbamiento de la mina San José y la suerte de los 33 hombres atrapados ahí den-

tro. Claustrofóbica como soy, siento una enorme admiración por la gigantesca capacidad de resistencia de esos mineros enterrados bajo 700 metros (¡700 metros!) de rocas. Espero que cuando ustedes lean este artículo, el rescate siga adelante y ellos se encuentren bien. Hoy por hoy, parece que el operativo montado alrededor de la mina está funcionando como debe. Las autoridades chilenas han reaccionado seria y generosamente. Los mineros reciben alimentos y líquidos, medicinas y juegos, ropas y cartas, y hasta llamadas telefónicas de sus seres queridos. Hay muchas empresas y particulares colaborando en la compleja misión, y al desierto de Copiapó, donde acampan las familias, llegan cada día envíos de todo Chile y grupos de música que tratan de acompañarlas en las largas veladas bajo el frío. Incluso el dueño de unas minas cercanas está recogiendo fondos para ellos. Bien por las buenas gentes.

Pero la historia de esta tragedia tiene también sus propios hijos de puta: los propietarios de la mina San José, Alejandro Bohny y Marcelo Kemeny, los mismos que, según todos los indicios, mantenían la explotación en condiciones peligrosas y que la reabrieron, tras

haber sido cerrada por la Administración, sin cumplir con las normas de seguridad que se les exigían. Los mismos que retrasaron seis horas el anuncio del accidente el día en que ocurrió. Los que no han aparecido por allí desde entonces, dejando toda la operación en manos de las autoridades y abandonando a su suerte a los trabajadores que los enriquecieron. Los que han dicho que “no es momento de asumir culpas ni de pedir perdón” (palabras textuales de Bohny) y han amenazado, en el colmo del cinismo, con declarar la mina en quiebra, dado que no les está procurando ningún beneficio, y dejar así en el paro al centenar de hombres que tienen empleados si el Gobierno no les ayuda a pagar los sueldos. Ni el escritor

marxista más comprometido ni el autor de cómic más folletinesco habrían sido capaces de inventarse unos capitalistas tan desalmados. Y, sin embargo, existen.

No es que yo crea mucho en santos, la verdad, pero si realmente San José está sentado a la diestra del Gran Padre, espero que les eche una mano a esos mineros del pozo que lleva su nombre. Y, de paso, que mande alguna tempestad del alma a los propietarios, que sin duda se la merecen. ◯



PATRICK THOMAS

LOS PROPIETARIOS AMENAZAN, EN EL COLMO DEL CINISMO, CON DECLARAR LA MINA EN QUIEBRA